

LYSIAS, *Selected speeches*, ed. by C. Carey (Cambridge Greek and Latin Classics), Cambridge University Press, 1989, XIII + 230 pp.

A la edición de algunos discursos privados de Demóstenes,¹ Christopher Carey hace seguir ahora una buena selección de discursos lisianos que aparece en la misma editorial que aquella primera y con las mismas características generales. También este libro, pues, como el otro, está destinado a un público conocedor del griego, pero que puede abarcar desde el principiante hasta el filólogo interesado en Lisias, como es el caso mío, que he gozado mucho de esta lectura.

En el presente volumen se confirman las cualidades del editor, que yo atribuía indistintamente a Carey y a Reid, los dos editores del Demóstenes, en mi anterior reseña. Carey posee una metodología bien diseñada para su objeto de estudio, una información puntual y actualizada, mucha agudeza crítica y, *last but not least*, una envidiable claridad y una concisión expresiva que vuelven fácil lo que es bastante intrincado, y atractivo y actual, lo lejano en el tiempo. Pero ahora aparece evidente lo que antes no lo era o bien faltaba, es decir, el interés porque el lector aprecie, además de su valor documental, también el aspecto literario de los discursos, que es intrínseco a su función práctica de ganar el juicio en los tribunales atenienses. Voy a explicarme mejor.

Las cualidades persuasorias de los discursos elaborados por los logógrafos, mejor conocidos como oradores áticos, no dependían sólo ni principalmente de las pruebas objetivas o de los argumentos lógicos esgrimidos, sino en su mayor parte de los argumentos retóricos y de la oportuna combinación y dosificación de esos elementos artísticos adecuados a cada discurso particular, como por ejemplo, el carácter del litigante (*ethos*) y los efectos emocionales inducidos por el discurso en los oyentes (*pathos*).² Además, el hecho de que esos discursos judiciales

¹ Para la cual véase mi reseña en *Nova tellus* 5 (1987), pp. 285-301.

² Como bien reconoce Aristóteles en *Rhet.*, I.2, 1356a 5-19.

escritos debían parecer espontáneos, si no del todo improvisados, en boca de los clientes de Lisias o Demóstenes, quienes eran los verdaderos “oradores” ante el jurado, implica necesariamente artificios y la voluntad artística, consciente, de que la expresión resulte ingenua o directa y verídica y, por ello, no sólo persuasiva sino convincente.

Ahora bien, esto Carey ya lo pondera y lo razona en este libro sobre Lisias y el lector tiene así una buena guía para la interpretación global, esto es, también literaria, de los textos. Dos ejemplos pueden comprobarlo. En relación con VII.1 Carey señala: “El énfasis en el carácter novedoso y paradójico de lo que ha ocurrido estimula la atención. Aristóteles, *Rhet.* 1415b 2, enlista τὰ θαυμάσια entre los elementos de un proemio que logran este efecto” (p. 119); y en la introducción al discurso XXXII se puede leer (p. 207): “Por su propia naturaleza, el tema de la entidad del patrimonio de Diodoto y del uso inapropiado que su hermano hace del mismo es árido y potencialmente confuso. En lo que sobrevive [del texto] Lisias escoge hábilmente ciertos elementos específicos, grandes y pequeños, que tipifican la mala administración de Diogitón, más que intentar probar el fraude en detalle. De este modo él puede ofrecer una demostración persuasiva del caso sin confundir al auditorio ni perder su atención”.

Un principio básico que ha guiado a Carey en su interpretación de los discursos, y que yo comparto y he aplicado a los primeros once discursos de Lisias que entregaré próximamente a las prensas, es el siguiente: “Me he acercado a los discursos como un abogado del diablo en búsqueda de los puntos débiles del caso de cada hablante” y “sólo encontrando los posibles lados flacos de la posición de un litigante se puede valorar el éxito de su logógrafo al procurarle un discurso que representa lo mejor para su caso” (p. IX). También yo estoy convencida de que sólo así los discursos, en tanto que obra escrita y literaria, adquieren para el lector una especie de vida propia, cuando se corta ese cordón umbilical de la subjetividad hermenéutica que los hace depender exclusivamente de la sensibilidad del crítico literario.

La presente selección de los discursos I, III, VII, XIV, XXXI y XXXII, todos pertenecientes al género judicial, ofrece un amplio abanico de situaciones que permite al editor ilustrar muy diversos aspectos de la vida, la sociedad, las leyes y las instituciones, además de la historia de Atenas entre los siglos V y IV a. C. Por otro lado, recoge seis de los mejores discursos del orador, cada uno de los cuales proporciona una buena muestra de su habili-

dad etopéyica por la cual es justamente famoso. Y evita, en fin, duplicaciones con los discursos recientemente traducidos y comentados por S. Usher (I, X, XII, XVI, XXII, XXIV, XXV) en la editorial Aris & Phillips (1985). Sólo el discurso I aparece en ambas ediciones, pero el omitirlo ahora habría dejado en cierto modo “acéfala” la selección, porque este discurso es tal y tan merecida es su fama que resulta impensable una antología lisiana que no lo contenga.

El volumen se compone de un prólogo, una lista de abreviaturas, una densa introducción general sobre Lisias y la logografía en Grecia (14 pp.), el texto griego sin aparato crítico (42 pp.) y los amplios comentarios al texto, que triplican la extensión de aquél (133 pp.) y están precedidos, en cada discurso, de una inteligente introducción particular que satisface prácticamente todas las curiosidades e invita a la lectura del texto. Dos índices completan útilmente el volumen: uno de nombres propios y cosas notables y otro de las palabras griegas analizadas en el comentario.

En la lista de abreviaturas me hubiera gustado ver a M. Lavency, *Aspects de la logographie judiciaire attique*, Louvain, 1964, y D. G. Lateiner, *Lysias and Athenian Politics*, diss. Stanford University, 1971, monografías indispensables para los rubros de logografía y política, así como a M. Weissenberger para el discurso XXXI (*Die Dokimasiereden des Lysias*, Athenaeum, 1986); pero me agradó mucho, en cambio, encontrar mi edición de Lisias I, México, 1980.

En la sucinta y densa introducción general del libro, que se divide en cinco apartados (“Vida”, “Discursos y logógrafos”, “Lisias como logógrafo”, “Autenticidad” y “El texto”), Carey orienta a sus lectores, a través de muchos problemas espinosos y aún irresueltos, con datos esenciales y con observaciones a menudo enriquecedoras, sin perder nunca el don de la ecuanimidad y el buen sentido. Naturalmente, no se pueden suscribir todas sus afirmaciones, pero esto lo señalaré cada vez en su momento.

Con respecto a la vida de Lisias y a las fechas de su nacimiento, que representan un problema controvertido, el autor opta por referir los datos de la tradición antigua “a la vez claros y consistentes” (año 459/8) y yuxtaponerles, comentándolos, aquéllos reconstruidos y aceptados por la mayoría de los filólogos (en torno al 445 a.C.). Pero, en el fondo, Carey suscribe esta última posición, que es bastante plausible, aunque con expresiones dubitativas muy prudentes que parecen tomadas de las argumenta-

ciones del propio Lisias: “esto [*i.e.*, su actividad como logógrafo desarrollada entre los 56 y los 78 años] no es imposible, pero sería ciertamente poco común” o “no podemos descartar esta posibilidad [que Lisias tuviera una amante a los 70 años], pero, otra vez, una fecha más temprana [*earlier*]³ para su nacimiento sería más [*more*] plausible” (p. 1).

La actividad de Lisias como maestro de retórica es considerada posible por Carey en el periodo inmediatamente posterior al 403 y apenas anterior al inicio de su profesión de logógrafo (pp. 2-3); la posición tradicional, en cambio, la sitúa con buenos argumentos entre 412 y 403. Ya antes, G. Kennedy (*The Art of Persuasion in Greece*, 1963, p. 134) había avanzado dubitativamente esa hipótesis, pero el argumento de Carey para defenderla es débil.⁴ En efecto, en XII.4 Lisias declara su inexperiencia para hablar *en un tribunal* y no para hablar sin más (antes había dicho: “en cuanto a mí, oh jueces, que no traté nunca ni asuntos míos ni ajenos, me veo obligado ... a acusar a éste”: οὐδ’ ἐμαυτοῦ πόποτε οὔτε ἀλλότρια πράγματα πράξας νῦν ἠνάγκασμαι ... τούτου κατηγορεῖν...). Por lo tanto, aunque fuese bien conocido como *sophistés*, Lisias podía recurrir verosímilmente al *topos* de la inexperiencia ante el jurado. Antes bien, lejos de resultar contraproducente, la excusa podía constituir un halago para los jueces. Es preferible, entonces, quedarse con las fechas tradicionales (412-403), que dan un periodo más holgado para que Lisias aprovechara y difundiera lo que había aprendido con los rétores en Turios.⁵

Todo puede suscribirse, en cambio, en el segundo apartado “Discursos y logógrafos”.⁶ Con un admirable “tour de force” el autor logra dar, en breve, una visión amplia y argumentada del papel que jugó en Atenas la habilidad para hablar en público

³ Aquí debe haber un error: o bien “earlier” es “later”, o bien “more” es “less”.

⁴ “His career as a teacher of rhetoric may belong to this period [412-403], but since his claim of inexperience in speaking in 403 (12.4) would not carry conviction from a known rhetorician we would probably credit him with at most a passive interest in oratory before that date” (p. 2).

⁵ ¿Será de ese tiempo el *En favor de Nicias*, tan criticado por Teofrasto por sus parísosis y paromóiosis (D. H., *De Lysia* 14,3-4) y el “Ergótico” parodiado por Platón en el *Fedro*?

⁶ Al final del apartado, sin embargo, me parece que hubiera sido oportuno señalar el siglo IV cuando se habla de circulación en forma escrita de “un gran número de discursos” (p. 6), porque, así como está, puede entenderse que dicha circulación ya se conocía en el siglo V, lo cual no es nada probable (*cf.* E. G. Turner, *Athenian Books in the Fifth and Fourth Centuries BC*, London, 1972).

(con argumentos persuasivos y “con el tiempo encima”) durante el régimen democrático, así como la gran demanda de capacitación para ello y para el oficio de logógrafo o escritor de discursos, como el que ejerció Lisias en un nivel de calidad literaria notable, según Carey demuestra en su apartado 3.

Este apartado comienza con un breve esbozo de historia de la prosa griega desde Gorgias hasta Lisias (que mucho le debe a J. D. Denniston, *Greek Prose Style*) y se señala en él que nuestro orador perteneció a una reacción de simplificación con respecto a un primer periodo marcado por el estilo de Antifonte y de Gorgias, del cual se ofrece en nota (n. 34, p. 7) un ejemplo ilustrativo tomado del *Epitafio*). Siendo muy justo todo ello, me hubiera gustado, empero, ver a Lisias bien insertado en la corriente de la prosa de arte griega y distinto también de los famosos oradores que le siguieron en una tercera etapa (Demóstenes, Hiperides y Esquines), para poder comprender mejor ciertas características de su estilo (antítesis, figuras gorgianas y sinónimos, anotados en la p. 8 y en la nota 36), que está todavía ligado a aquel primer periodo ante el cual reacciona, siendo entonces no sólo reacción sino también continuidad, inclusive en el aspecto argumentativo. Se explicaría mejor, así, una afirmación como ésta: “La expresión sigue siendo sucinta, pero es también fluida y clara. La impresión fundamental que se produce es de una falta de artificio. Y sin embargo, hay una forma de ornamentación que atraía a Lisias y que milita en contra de esta impresión: es ésta la antítesis, a menudo reforzada por otra o más figuras gorgianas.” (p. 8)

Enseguida, el autor trata con orden los principales aspectos del estilo de Lisias, al mismo tiempo que respeta su gran riqueza y variedad al contrastar constantemente las afirmaciones con unos “however” que introducen excepciones o alternativas.

Primero considera la construcción de las frases; luego, la organización del discurso como un todo, y después la caracterización de las distintas partes, en el orden: proemio, narración y sección de las pruebas. El epílogo, más que ser tratado como una parte aparece en relación con la apelación a las emociones (p. 11), que ha sido atraída por la exposición anterior sobre la *ethopoia*.

Un juicio claro y preciso, de sabor aristotélico (*Rhet.*), resume la información contenida en esta sección sobre el estilo de Lisias: “está presente una inevitabilidad sencilla y aparentemente sin artificios que, como es común en el caso de Lisias, es producto en realidad de una habilidad muy específica (*precise skill*)” (p.

9). Este enfoque le permite a Carey ofrecer dos páginas muy buenas sobre la etopeya lisiana, definida en términos modernos como “creación de caracteres ‘dramáticos’” (ya en S. Usher, *Eranos*, 63, 1965) y como “caracteres morales” según la tradición antigua (Aristóteles, Teofrasto y Dionisio de Halicarnaso), y sobre la apelación a las emociones (“appeal to emotion”), que aparece sobre todo en los epílogos pero, como justamente apunta Carey, también en las narraciones “invited rather than demanded from the audience” (p. 11). Una observación, ésta, sutil y novedosa que condena la apreciación tradicional según la cual Lisias carece de *pathos* y que se aclara más cuando se apunta enseguida “su [*sc.*, de Lisias] habilidad para sugerir una respuesta emotiva mediante el hábil despliegue del material (por selección, yuxtaposición, expansión y contracción)”. El que esto, luego, le parezca a Carey una reminiscencia sobre todo de Homero (aquí y en la p. 97: III.7, por ejemplo), y no una característica compartida con todos los grandes autores de todas las épocas de Grecia y de la modernidad, independientemente de la influencia homérica, no pasa de ser algo sorprendente y en cierto modo gratuito.

Una observación más sobre el análisis del estilo de Lisias, que Carey realiza con mucho cuidado aquí y en todo el libro: la capacidad creadora de caracteres del orador, que Carey subraya como independiente de la personalidad real de sus clientes (pp. 10-11), a mi juicio se sustenta en buena parte, por el contrario, también por ésta, ya que son los clientes quienes al fin y al cabo van a pronunciar el discurso con cierta verosimilitud (*cf.* el propio Carey que en la práctica lo acepta en las pp. 183-4 a propósito del discurso XXXI), delante de cierto jurado (constituido por arcontes o por jueces populares) y en ciertas condiciones (como acusación, defensa, primer discurso, deuterología, sinegoría, etcétera).

Considero que atendiendo también a estos factores, inextricablemente conexos con el *ethos* y el *pathos*, y no sólo debido al carácter público o privado de los discursos (según se afirma en las pp. 8-9), es como se explica mejor la gran variedad de la *lexis* lisiana (acotada reiteradamente por Carey en estas páginas 7-11 y en numerosos puntos de sus comentarios) y se puede enfrentar el problema de la autenticidad o la no autenticidad de tantos discursos.

Justamente a este problema Carey dedica el apartado 4 de su introducción general (pero *vid.* también las pp. 118-9, 147-8, 183-4 y 208). En él reseña las peripecias de los textos desde el

momento de su publicación y constitución en el *Corpus Lisiacum* y señala algunos intentos recientes de solucionar el problema de la autenticidad (de Dover en 1968 y de Usher-Najock, con la ayuda de la computadora, en 1982), llegando a la conclusión de que ni siquiera estos nuevos métodos científicos, por sus intrínsecas limitaciones,⁷ permiten establecer dónde trazar una línea divisoria entre lo que es genuino y lo espurio con base en las peculiaridades del lenguaje y del estilo. Dos buenos ejemplos de tal insuficiencia los constituyen, en un caso, la lucha del mismo Carey por rescatar la autenticidad del hermoso discurso VII –negada tanto por Usher como por Najock– a partir de argumentos como la calidad del carácter dramático, el tono contenido de la apelación a las emociones y lo sucinto de la peroración (pp. 118-9), esto es, a partir de argumentos estilístico-retóricos y no lingüísticos. Y en otro caso, su argumentación cerrada y convincente para reivindicar la autenticidad de Lys. XIV, aceptada por Usher y negada por su colega de equipo Najock.

El problema, como se ve, está lejos de ser resuelto, porque los factores en juego son muchos y deben ser puestos a trabajar en sincronía, dentro de la producción lisiana y en comparación con la de otros oradores. Un camino interesante, en esta dirección, puede ser el que emprendió en 1986 F. Cortés Gabaudán sobre las fórmulas de los oradores.⁸ Pero éste es sólo el inicio, ya que el asunto de las fórmulas, para que pueda dar mayores frutos, debe ser enriquecido a partir del reconocimiento de que el lenguaje oratorio es en gran medida formulario, incluso en los grandes logógrafos que son verdaderos artistas, pero que también tienen que vérselas con la capacidad de retención mnemotécnica de sus clientes.

El apartado 5 de la introducción general contiene un micro-esbozo de la tradición del texto⁹ seguido por un enlistado de lecturas en las que Carey se aparta de la edición oxoniense de Hude y que él comentará *in loco*. Las lecturas adoptadas por el editor, en general, tienden a restablecer la autoridad de los

⁷ Limitaciones que a veces son reconocidas por los mismos estudiosos, como es el caso de Usher-Najock, pp. 103-4.

⁸ *Fórmulas retóricas de la oratoria judicial ática*, Salamanca.

⁹ Aquí, la inclusión de la hipótesis de G. Avezú (*Lisia. Apologia per l'uccisione di Eratostene. Epitafio*, Padova, 1985) de que *H,P,To* proceden de η , un ejemplar perdido dependiente a su vez de un subarquetipo bizantino (*a*) del cual se origina por separado *X*, resolvería la aporía apuntada en la n. 58 de la p. 13 de la edición de Carey.

códices, que en verdad no es mucha en el caso del texto lisiano, pero a veces puede llevar más cerca del original (*vid.* el caso de *πλεῖον* - *πλέον*, siempre reestablecido por Carey con nota a p. 124). En III, 18, sin embargo, prefiero la corrección de Thalheim a la lectura de *X* y de Hude-Carey¹⁰ porque, si bien la narración de Lisias es aquí intencionalmente confusa, representa una secuencia natural de los actos que preceden: los compañeros de Simón dejan al muchacho y empiezan a golpear al cliente de Lisias (el ‘orador’); entonces, el muchacho los apedrea [*sc.*, para defender al ‘orador’ atacado] (por lo cual no me parece grave su “aggressive rule”), el orador [*sc.*, atacado] se defiende (sin que esta presencia suya *defensiva* pueda indisponer a los jueces, como piensa Carey) y, en fin, los agresores, ebrios, golpean al muchacho y aquél se defiende (*κάκείνου* y no *ἐμοῦ*, *pace X*, Hude y Carey).

El cuerpo interpretativo de los discursos ocupa, como dije antes, tres cuartas partes del libro y en él las introducciones particulares son especialmente agudas, interesantes y originales. Los comentarios textuales, por su parte tratan en detalle también los puntos que le sirven a Carey como soportes hermenéuticos.

En las introducciones Carey discute siempre, en el orden, la fecha, el caso judicial en cuestión y las características del discurso como testimonio literario y retórico (argumentativo, etopéyico y estructurado). Las referencias a los párrafos del texto, en sus análisis (pp. 60-4, 89-92, 116-8, 144-7 y 179-83), se entrecruzan obedeciendo a las necesidades de la demostración interpretativa y no siguen un orden progresivo propio de la relación descriptiva y perifrástica que atiende únicamente a la partición del discurso. Y esto vuelve ágil y atrayente el texto.

En el caso de los discursos VII, XIV, XXXI y XXXII, además, aparece una sección donde se analiza el problema de la autenticidad que ha sido cuestionada con anterioridad a la presente edición. Otras veces, cuando es necesario, se comentan las leyes o las instituciones (VII, XIV) y se presentan y discuten las personas de los litigantes (III, VII, XIV). Para el discurso XIV, además, Carey presenta (pp. 148-50) una *synkrisis* del mismo (que consiste en una acusación contra el hijo de Alcibiades) con el discurso XVI de Isócrates (que es una defensa de Alcibiades pronunciada por su hijo). “Un discurso presupone claramente el

¹⁰ τοῦ μαιρακίου βάλλοντος αὐτοὺς κάμου περὶ τοῦ σώματος ἀμνομένου ... κάκείνου ἀμνομένου (Th.) en lugar de ... αὐτοὺς καὶ περὶ τοῦ σώματος ἀμνομένου ... καὶ ἐμοῦ ἀμνομένου. (*X*) Para la argumentación de Carey, *cf.* p. 101.

otro”, señala Carey (p. 149) y concluye con justeza que “la publicación de Isócrates XVI [un probable panfleto, independiente de todo proceso y tendiente, en cambio, a ensalzar la figura del célebre hombre político] precedió el proceso en cuestión [de Lisias]” (p. 150).

Particularmente interesantes me han parecido las introducciones particulares a los discursos I y III, y persuasiva la tesis de que, en ambos casos, los oradores están ocultando algo y que, en el primero, el acusado homicida pudo haber tendido una trampa al adúltero Eratóstenes (pp. 63-4), y en el segundo caso, “parece verosímil que fue el orador quien infligió a Simón las injurias que aquél recibió, debido a sus evasivas al respecto” (p. 91). Mis coincidencias con estos puntos de vista de Carey, al haberse dado de manera independiente, refuerzan su validez.¹¹ Lisias fue realmente, en ambos casos, un habilísimo encubridor y argumentador y un excelente creador de caracteres. Como escribió muy bien S. Usher en 1985: “Con los discursos de Lisias se establece el modelo de la oratoria clásica ateniense”.

Lo que interesará más a quienes deben trabajar directamente sobre el texto griego, son sin duda los comentarios de Carey. En ellos, las referencias sintácticas y los reenvíos a los manuales del caso son puntuales; los *comparanda* son abundantes tanto para las figuras retóricas como para los argumentos y los *topoi* utilizados por el orador. Amplias son también las aclaraciones de situaciones políticas, de prácticas económicas y comerciales, de textos legislativos, de acontecimientos históricos y de usos y costumbres de la Atenas clásica, oportunamente sustentadas en el uso de fuentes antiguas y modernas. Con respecto a estas últimas, hubiera querido ver citado, al lado de V. Ehrenberg, a D. Lateiner, en *The Classical World* 76 (1982), pp. 1-12, para la figura del *aprágmon* en Lisias III.3 p. 93, así como el nombre de U. Schindel, en *RM* 110 (1967), pp. 32-52, al lado del ya antiguo Jebb (p. 1, nota 7) y el de N. Loraux, *L' invention d' Athènes*, Paris, 1981, para los discursos fúnebres de los que se habla en la p. 6, nota 31.

El libro, como todavía se acostumbra en Cambridge, y particularmente en esta serie, presenta una impresión impecable y las erratas que encontré son mínimas: en la p. 6, nota 33 léase *Xen. Mem.* 2.1.34; en la p. 106, “sherd”; en la p. 119, n. 2: ἁ-πεγράφην, ‘I was accused’, y en la p. 229, κατάστασις.

¹¹ De los dos discursos, ha aparecido publicado hasta ahora sólo mi análisis de Lisias III (cf. *Noua tellus* 8 (1990), pp. 9-60).

En suma, bienvenido un libro más, de los buenos, sobre los oradores áticos, en este renacimiento del interés por la retórica como ejercicio refinado del lenguaje, de la argumentación y de la razón práctica, y del mundo antiguo como universo antropológico y ya no como modelo de vida.

Paola VIANELLO DE CÓRDOVA